

ENRIQUE RODRÍGUEZ FABREGAT, *El hombre que no quiso ser rey*.—Buenos Aires, Editorial Losada, 1942. 260 pp.

He aquí una curiosa mezcla de biografía e historia noveladas. Hay por cierto diferencia bien marcada entre las biografías noveladas de Maurois y de Thomas Mann y esta novela de Rodríguez Fabregat, pero no tan grande como la que existe entre las sociedades carcomidas de Europa y las recién nacidas de nuestras Américas. Aquí se halla la clave para apreciar debidamente esta obra.

Enrique Rodríguez Fabregat es uruguayo y goza de gran consideración en los círculos intelectuales de Montevideo. Ha sido periodista, abogado, conferenciante y Ministro de Instrucción Pública en la República Oriental. Por causas que no serán difíciles de imaginar, tuvo que marcharse al Brasil, desterrado, acogiéndose al calor de esa fabulosa tierra y al cariño de almas privilegiadas que le prestaron ayuda para la realización del empeño de engendrar *El hombre que no quiso ser rey*. Se terminó en Río de Janeiro, en 1939. A su permanencia en el Brasil se debe también un libro sobre el Amazonas que le valió un premio, muchos elogios y la suerte de verlo traducido al inglés. Rodríguez Fabregat es autor de una sólida y admirable biografía de José Battle y Ordóñez, presidente que fué del Uruguay allá por los años 1912-1913. Recientemente le tocó en suerte ser invitado a ocupar una cátedra en la Universidad de Illinois, de la cual pasó a ser profesor visitante en la Escuela de Verano (1944) de Mills College, en California. Esperamos que el incansable luchador y huésped actual halle en nuestro ambiente reminiscencias, al menos, del amor fraternal que le dió la bienvenida al cruzar la frontera brasileña.

La trama de su novela es sencillísima: Amador Bueno, molinero, natural de São Paulo, fué aclamado por sus conciudadanos en abril de 1641 "rey de Piratininga"; pero rechazó el honor, no quiso ser rey, y por eso —como nos lo dice Rodríguez Fabregat con fina ironía— "lo olvidó la Historia. Y en ese olvido estuvo su grandeza". La renuncia de Amador es histórica. Otros incidentes de su vida se relatan aquí parcamente. ¿Es que al escritor le hace falta el sentido imaginativo, o es su empeño el recetarnos a los lectores una buena dosis de "americanismo"? Entre las dos cosas preferimos creer la segunda, porque hace mucho más caso de los grandes acontecimientos históricos de la primera mitad del siglo XVII que de la figura semioscura de su humilde molinero paulista. Y así revela el punto débil de tantos novelistas que hoy en día quieren lucirse con sus "novelas históricas": piensan que el arduo trabajo que en muchos casos han realizado para amontonar materiales más o menos históricos, les libra de la responsabilidad artística de crear, de darles a sus fantoches un soplo de vida, de modo que sean almas vivientes...

Antes de hablar de aquella época —la de Felipe IV de España, Juan IV de Portugal y Mauricio de Nassau, de Piet Heyn y Fadrique de Toledo, de Francisco de Quevedo, y su pariente Francisco de Rendón y Quevedo, personaje de la novela y yerno de Amador Bueno—, conviene fijarnos en el escenario. Realmente éste no es São Paulo, si bien lo des-

cribe el autor con tierno cariño; antes bien es el inmenso Brasil que "comprende" a São Paulo, y es más: es la América austral, en una u otra de sus divisiones políticas, lo que siempre solicita el espíritu del autor. Casi podríamos afirmar que es un concepto, un bello ideal, lo que motivó las más hermosas páginas del presente libro: el ideal de las Américas que, frente a lo medieval europeo, persiguen fines democráticos y autóctonos. De ahí el perfume telúrico que impregna sus páginas, que baña en una atmósfera de misterio y encanto los acordes de los que cantan, en las bodas de Amador y Bernarda Luis:

¡Trabajo y fatigas!  
Canten las espigas  
y cubran de oro  
la tierra. . .

Los descubridores . . .  
los conquistadores . . .  
que llenan de velas  
el mar.

Rudos caminantes.  
¡Fueres *bandeirantes!*  
que cruzan la selva, la tierra  
y el río . . .

La hoz, el arado,  
la forja, el martillo,  
la casa, los hijos, la tierra  
y el pan . . .

Multitudes fuertes  
de trabajadores.  
¡Clamor de clamores  
de la libertad!

Ahora bien: lo que más vale, sin duda, en el libro, es la época. Precisemos: la moraleja que extrae el novelista de la marcha de los acontecimientos. Pueden citarse como notable ejemplo del afán didáctico de Rodríguez Fabregat, las líneas siguientes:

Oros del Perú y oros de México. Plata del Potosí. Ganadería de las Pampas . . . Todo se va. Todo se consume. Nada basta desde la hora primera. Desde que los soldados de Pizarro jugaron a los dados sobre sus escudos la imagen del Templo del Sol . . . Y no lo goza España. Su pueblo sufre como América la misma carga. Y comienza a emigrar. Inhartables son los que quedan y reinan . . . Cuando lo consuman todo, consumirán a España. Tal como sigue hoy consumiéndola la resurrección cuaternaria del fascismo. Como si nada hubiera sido descubrir a América . . .

Como si nada fueran Magallanes y el Greco, Colón y Don Quijote. Pero porque todo fueron, y porque todo lo sea América en el sentido del derecho social, Bolívar y San Martín van a cruzar los Andes.

De la narración, quizá lo más impresionante es la primera parte: "Tierra Bandeirante". ¡Cuántas *bandeiras*, o expediciones de paulistas, hacia las misiones jesuíticas, y más allá: hacia Ouro Preto en Minas Geraes, a las vertientes del Paraguay y a las naciones indias del Pilcomayo, vió el niño Amador Bueno! ¿Qué van a buscar? El oro, la plata... "Pero cuando no logran dar con el oro y la plata, entonces asaltan los poblados indios y las reducciones de los misioneros"... Y en 1607 Amador, que cuenta apenas diez años, verá regresar la *bandeira* de Manoel Preto, que trae desde La Guayra del imperio jesuítico todo un pueblo de indios prisionero. Porque esto lo hacían los *bandeirantes*, saqueaban, incendiaban y destruían los pueblos misioneros, y se llevaban a los indios para venderlos como esclavos.

Dicen los historiadores que una *bandeira* se parecía a un pueblo andante, pues la acompañaban mujeres, niños y animales domésticos. Muchos guerreros morían en las expediciones más largas... Pero gracias a aquella epopeya silvestre y brutal, se ganaron más de un millón de millas cuadradas para el inmenso Brasil que había de venir. En las *bandeiras* se fué templando el alma de una nación. Cuando Bahía fué tomada por los holandeses, en 1627, las otras capitanías de la costa se aprestaron para mandarle socorro. Decía Amador Bueno:

—Molinero soy, y no soldado. Pero cuando los guerreros abandonen la causa de la libertad, ya verás de qué son capaces los molineros para defenderla.

Y el molinero, que nunca fué *bandeirante*, partió al frente de la legión que defendió gallardamente a São Vicente contra los invasores holandeses.

Fácilmente se comprende que este "mameluco" (tataranieta de Hía, de la nación india Hururay) no era paulista ordinario. Quien fué nombrado *ouvidor* por los vecinos de São Paulo y "no dió azotes ni cortó orejas, sino que se dedicó a atender huérfanos de los que fué juez", es sin duda supermolinero. Pero quien dice: "Fíjate, Bernarda, qué inmensa cantidad de universo hay en nosotros, americanos. Es como si Dios mismo hubiese arrojado sus criaturas desde los cuatro ángulos de la tierra... para que se encontrasen aquí y recreasen el mundo", no es Amador Bueno de Piratininga, sino Rodríguez Fabregat, digno propagandista del americanismo que ahora renace en todas partes del Nuevo Mundo. En rigor de verdad, este servirle Bueno al autor de portavoz para emitir juicios de una portentosa perspicacia, nos resulta pesado algunas veces. Pero no formulemos quejas; de sus juicios como tal, no se puede decir nada en contra; considerándolos como material novelesco, ya veremos de qué pie cojea.

Concluyamos nuestro examen de la época, notando que cuando Portugal cambió de rey y recuperó su independencia, empezando a reinar Juan IV, los paulistas se negaron a soportar más el peso de los tributos y los crueles abusos de los representantes de la corona. En una asamblea popular reunida en abril de 1641 resolvieron constituirse en reino libre, y aclamaron a Amador Bueno como su rey. Este, es decir su creador Rodríguez Fabregat, se da cuenta de que "la aclamación proviene del fondo determinista de la historia". En palabras que son modelo de recitividad y de profecía, dice Amador:

Todavía están vacías las tierras de la inmensa heredad (América), y dispersos y sin entenderse los pueblos que la forman. Tierras vacías quieren trabajos y trigos antes que tronos y cortesanas. Pueblos dispersos reclaman unidad para tener fortaleza. Recién cuando todo eso sea cumplido en la tierra y en el corazón, recién hablarán por sostener nuestra ley, para defender nuestra América . . . Todo lo dí a Piratininga. Todo. Bien sé que es poco. Pero no tengo más que dar. Trabajo, afanes, fatigas, hijos. Mi vida es de mi pueblo antes que mía. Y porque amo a mi pueblo que es mi propia carne, no me pidáis más . . .

Y sigue la moraleja:

Este gesto de São Paulo proclamándose libre, llamará a los reyes a su juicio. Todas (las colonias) juntas contra el opresor, afirmarán su derecho y su libertad . . . Reyes y libertad no andan juntos . . . São Paulo existe como Pueblo Rey . . . Obreros somos, soldados seamos también de nuestro único señor: el Pueblo, nuestro Pueblo, Piratininga.

Consiste el mérito de este libro en ser ante todo un libro americano de enseñanza sana y fructífera. Dos defectos tiene. Ya hemos indicado uno: no es novela verdadera. Parece que la tendencia didáctica impide la posibilidad de serlo. El autor, aparentemente, no posee ese sentido dramático que en los instantes culminantes de una obra de ficción hace que los discursos y las acciones se expliquen a sí mismas. Siente la obligación de unir a cada bello decir un *post-scriptum* que aclara, explica y comenta la situación.

El segundo defecto es que no nos convence de que artísticamente prosigue la narración de una manera consecuente y regular. No nos convence por plausibles argumentos estéticos, que son mil veces más potentes que los adustos períodos de la verdad razonada.

A pesar de esto, es una obra de que guardarán recuerdos estimulantes y complacidos cuantos la lean.

HENRY A. HOLMES,  
*College of the City  
of New York.*